



CALLEJON DE MORRONGUILLETA

JESUS GUTIERREZ

Ya sabíamos que «El Callejón» era el callejón. Hasta el diccionario dice que callejón es «un paso estrecho entre paredes». El Callejón de Morronguilleta era, pues, un paso estrecho entre paredes como todos los callejones que saben leer el diccionario.

Y, sin embargo, no. El «Callejón» por autonomasia, el callejón, modelo, gloria y prez de los callejones que en el mundo han sido, era el pequeño túnel que, por debajo de una casa, se daba de manos a boca con la calle Viteri.

—Que sí, que sí, que ya lo sé. Que el callejón era todo: la calleja, pasadizo, caminejo, que empezaba en el túnel de calle Viteri y terminaba (¿o continuaba?), en el túnel bajo el «Topo». De túnel a túnel y tiro porque me toca. Pero cuando hablábamos del «Callejón» todos pensábamos en el túnel que daba a la calle Viteri. Túnel tétrico, aunque corto, mal encorsetado en unas vigas de madera de una casa más que antigua, vieja.

Entrando de calle Viteri, te encontrabas a la derecha, nada más pasar el túnel, unas escaleras que llevaban a una vivienda. ¿O era a dos? Probablemente daban a la casa de sobre el túnel y a otra más. (Más vieja, más decrepita, más adentrada).

—¿Y a la izquierda? ¿Había un portal? ¿Había dos?

—Estaba, al menos, el portal de Laboratorios B.C.

—¡Laboratorios B.C.! ¡Me cuentas cosas de ayer! Antes que Laboratorios B.C. estuvo «Productos para el calzado EL QUIJOTE».

—Me estás hablando de los años de la nana.

—Más exactamente, de los años de la guerra.

Pero hemos pasado ya el «Callejón» (túnel) y estamos en el callejón (pasadizo).

Venimos de la escuela, con nuestros pantalones hasta la rodilla y una bolsa de tela en bandolera con los libros. (¿O venimos de Misa Mayor con el «Mi Jesús» en la mano?). A la izquierda, una tapia lisa y anodina nos impide ver «La Esmaltería». A la derecha tenemos un muro de piedra. Piedra sillar con rendijas en las uniones. En la piedra brilla el musgo, verde, húmedo. En las rendijas, unas florecillas azules, minúsculas, flores que aman la humedad, la sombra, el silencio. Cuando sea el tiempo, brotarán también en el muro los «gashis-gashis». ¡«Gashis-gashis»! ¡La misma palabra da dentera!). Cuando broten los «gashis-gashis» vendremos a comer, bien sean las hojas, bien los menudos pepinillos con las semillas.

En mitad del muro hay una puerta negra de madera. (Las puertas de madera en los muros húmedos son siempre negras). Esa puerta cierra la entrada a las huertas que hay detrás (mejor, encima) del muro. Pero la huerta no la veremos nunca. Siempre estará cerrada la puerta. Si acaso, por sobre el muro veremos el cuerpo alto, también sombrío, del hortelano. Pero el muro es mucho más alto que nuestra menguada estatura y la huerta no la veremos nunca.

Pero, sí. Un día de riada el muro reventará y podremos ver la huerta por la herida.

Se rehará el muro en la parte hundida. Se taponarán las rendijas. No volverán a brotar los «gashis-gashis».

—¿He dicho que venimos de la escuela?

No. No venimos de la escuela. No venimos de la Misa Mayor. No venimos de ningún sitio, a pesar de estar de vuelta de todo.

Y tampoco existe el Callejón de Morronguilleta.

Acaso tampoco existimos nosotros.

Acaso hemos soñado con el Callejón.

¡O acaso ha sido el Callejón el que ha soñado con nosotros!...